

La Bioética y el error humano

Dr. MSc. René Zamora Marín

Especialista de II Grado en Medicina Interna y Medicina Intensiva.

Prof. Consultante del Servicio de Terapia Intensiva del Hospital Hermanos Ameijeiras.

Miembro de la Academia Pontifica por la Vida y del Comité de Bioética de la Academia de Ciencias de Cuba. Director del Centro de Bioética Juan Pablo II.

**“Debemos saber como podemos aprender de nuestros errores
y como los detectamos.**

**Eso nos puede ayudar mucho a comprender que poco es lo que conocemos y a lograr
una actitud más crítica”.**

Karl Popper

Introducción: El error, que es propio de la condición humana y también un mecanismo de aprendizaje, se convierte en ocasiones en una amenaza para el hombre moderno, siendo relativamente frecuente y aún peligroso en las Ciencias pero de forma muy particular en la Medicina.

El desarrollo de la ciencia y de la técnica en el siglo XX ha dado saltos de gigante, pero sobre todo en los últimos cincuenta años han sido catalogados como exponenciales. Uno de los problemas fundamentales de la llamada modernidad ha sido el desfase entre las disciplinas de carácter especulativo y las ciencias experimentales. Las primeras, de crecimiento más lento, se han demorado ocasionalmente en brindar respuestas adecuadas al hombre contemporáneo sobre las problemáticas que se suscitan en la vida diaria.

La Medicina, que antiguamente era considerada como una mezcla de arte y ciencia por dedicarse a una labor eminentemente humanitaria y altruista, hoy día posee una fuerte carga experimental y surgen extrapolaciones desde el

laboratorio de investigaciones que necesitan ser iluminadas por una reflexión ética que posibilite la preservación de la dignidad de la persona humana, la cual es mucho más que un sujeto de experimentación y el límite de sus fronteras no se encuentra en el ámbito de lo posible sino de lo debido.

La inmensa mayoría de las actividades que ella realiza implican una interacción entre personas, y es propiamente en esta relación mencionada donde con relativa frecuencia se aprecia el error. En una ciencia como la medicina, la realidad tanto del diagnóstico, como las alternativas que nos brinda un tratamiento se vislumbran con frecuencia complejas y más aún, llenas de incertidumbre. Estas dos características a las que me refiero se encuentran explicitadas en la Teoría de la Complejidad de Edgar Morin, devenida de la misma concepción que hoy se tiene de la propia ciencia. La tecnologización médica ha posibilitado que en cierta forma los errores ocasionalmente se puedan multiplicar, al aumentar exponencialmente las alternativas que se brindan en las opciones novedosas que se nos presentan casi al alcance de la mano. Para algunos autores, en países desarrollados como Estados Unidos, los eventos adversos donde ha estado presente de alguna manera el error son muy frecuentes, e incluso constituyen la tercera causa de muerte en este país. El número de episodios mortales donde se aprecia este fenómeno oscila entre 44,000 y 98,000 en un año, superando incluso las muertes por SIDA y cáncer de mama.¹ Por estas razones concluimos que el error ha sido un acompañante habitual de la actividad médica cotidiana.

Naturaleza filosófica del Error y su relación con la Ética: Para algunos filósofos griegos como Zenón de Elea y algunos sofistas, el error es imposible

¹ Sanabria, A. Repercusiones del Error Humano. Rev. Foro Abierto; 2011. http://www.medilegis.com/BancoConocimiento/T/TM103N5_contenido/INDICETRI.htm. Revisión realizada: 30 marzo 2011.

ya que solamente puede hablarse del ser, y de él no puede enunciarse nada; pero para los escolásticos ya entrada la Edad Media, el error puede ser entendido únicamente, cuando hemos puesto en claro las diferentes formas en que puede darse la verdad y por esta razón, el error se considera como un opuesto a la verdad; por tanto si la verdad es la coincidencia entre el juicio y la cosa juzgada, el primero será la discrepancia entre ambas.

Para comprender lo expresado, es preciso una distinción semántica entre diversos conceptos, distinguiendo entre nesciencia, ignorancia y error. Llamaremos a la primera simplemente la ausencia de saber, la segunda se define habitualmente como la privación de conocimiento, para el cual se posee aptitud, y finalmente la última es *“afirmar lo falso como verdadero”*. Claro está que si la verdad consiste en la adecuación del entendimiento con la realidad que implica una concordancia del objeto con el sujeto que la percibe, dirían los latinos: *“concordatio intellectus et rei”*; el error añade respecto a la ignorancia un nuevo acto, ya que no se puede ser ignorante acerca de lo conocido. El error, por tanto consiste en hacer un juicio falso acerca de lo que se ignora. Si consideramos como un bien del entendimiento el conocimiento de la verdad que se da en la naturaleza, la falsedad será, no sólo la carencia de verdad, sino su corrupción. Lo mismo que la verdad, lo falso se da principalmente en la mente humana, de lo que se deduce que solo podrían ser falsos los juicios de la mente. En el error hay como una inadvertencia, una falta de reflexión que debería haber y revela en definitiva los límites de la condición humana, la cual es con mucha frecuencia falible. Ahora, si el juicio erróneo no está causado por la evidencia, éste se podrá encontrar en muchas ocasiones en una facultad intelectual que mueve, por decirlo de alguna manera, el entendimiento. Esta

facultad a la que me refiero es la voluntad humana, y por cierto dicha voluntad se da en la persona en un contexto importante que no podremos soslayar: la libertad. El binomio del episteme griego con la libertad, es el que posibilita a la persona humana realizar sus acciones en un contexto propio de la Ética. Solo en los actos donde haya libertad se puede hablar de moralidad o inmoralidad. Por esta razón se ha responsabilizado a la intencionalidad humana como fuente de toda moralidad. Ya Spaemann en alguna ocasión se ha referido a ello cuando afirma que cuando se habla de intencionalidad y de fines, no miremos a la flecha ni al arco, sino solo al arquero². El juicio ético acompaña a la entera existencia de los seres humanos y se dirige a perfeccionar la condición humana. Ya Aristóteles en su Ética a Nicómaco era muy explícito cuando se refería a que “los animales no tienen facultad de ser virtuosos ni viciosos, porque no tienen la facultad de razonar. Por eso ser animal no es tan malo como ser vicioso”³

Si entendemos por vida la capacidad de acción inmanente, entonces comprenderemos que, desde el punto de vista filosófico, la vida es una actividad que parte del sujeto viviente y además es capaz de perfeccionar continuamente al sujeto mismo. “Es por tanto el ser viviente, la causa y el fin de su propia acción”⁴. En el orden biológico de la vida vegetativa, que constituye el primer escalón del fenómeno indicado, observamos una triple capacidad: la de nutrición, crecimiento y reproducción. De esta forma el organismo vivo se puede considerar como un enorme laboratorio, dotado de múltiples funciones

² Spaemann R. Personas. Acerca de la distinción entre “algo” y “alguien”. Pamplona: Ed. Eunsa, 2000, p 139.

³ Aristóteles. Ética a Nicómaco. Lib. 1. 1094 2-3.

⁴ Gevaert, Il problema dell'uomo, p. 7; Malherbe J.F., Médecine anthropologie et étique. Médecine de l'homme, 1985, 156/157, pp. 5-12.

físico-químicas que hoy llamamos metabolismo y que le ofrecen la posibilidad de sustentarse por sí mismo y aún de multiplicarse.

Lo anteriormente mencionado adquiere una peculiaridad diferente en el reino animal; ya que al existir una forma de relación cognoscitivo-sensorial, este puede escoger además una forma de actuar determinada. Por ejemplo, el león persigue a la liebre para saciar su hambre, o la liebre huye del hombre para salvar su propia vida.

En el hombre ocurre algo diferente, lo cual complejiza mucho más el fenómeno expuesto: éste no sólo elige la ejecución de la acción en sí, sino también la forma de actuar y además su fin. En la vida del hombre la finalidad se expresa realmente, de forma libre e intelectual. Esta se da en el ser humano de una forma muy distinta, porque la realiza teniendo en cuenta un conjunto de sentimientos, convicciones, deseos explícitos y recuerdos, parciales o totalmente inconscientes, provistos de un poder afectivo-movilizador de la voluntad, que determinan una manera estereotipada de comportamiento, en relación con todo lo que acontece a su alrededor y que forma parte de lo que podemos llamar su hábitat. A este fenómeno enormemente complejo, lo solemos calificar con el apelativo de interioridad.

Es por esta razón que los diferentes niveles de vida expresan entre sí, diferencias no sólo de grados, sino también de superioridad y cualificaciones diversas.

No tener en cuenta estas peculiaridades expresadas hasta aquí podría contribuir a lamentables errores conceptuales que en orden metodológico nos conducirían por caminos muy lejanos a la verdad, como fuente de derechos y de deberes.

A la luz de este razonamiento la libertad convierte al hombre en un animal ético, o lo que es lo mismo, responsable de sus acciones y totalmente diferente a sus congéneres. Esta vida intelectual se encuentra bellamente expresada por Styczen cuando afirma: “el hombre es el único ser que ve desde dentro”⁵

En efecto el hombre advierte que la elección de las posibilidades concretas que tiene de obrar, poseen un alcance mucho más profundo, que la acción sobre la que él decide. Esta acción mencionada ocurre en el hombre de una forma o manera, que le permite medir cada uno de sus actos, y es por esta razón que “la conciencia de la libertad y el poder del domino, se enfrentan siempre con la cuestión de la responsabilidad”⁶, quiero por eso reafirmar: que la dimensión ética de la propia actividad del individuo, es consustancial con sus decisiones.

Bioética: un concepto con contenido: Por los motivos mencionados es que todas las diversas ciencias en torno a la vida, se encuentran incluidas en el ámbito de la moralidad. El mismo neologismo Bioética, acuñado por Potter en 1970, expresa esta convicción cuando lo define como Ética de la Vida. La Bioética como ciencia ayuda a establecer un adecuado discernimiento en la conducta humana y se ha constituido en una disciplina que esclarece conceptualmente los dilemas éticos de la actuación cotidiana en cualquier ámbito, pero en el de la salud constituye una imprescindible herramienta de trabajo que ilumina la actuación de los facultativos. La bioética deberá ser entendida como una nueva ciencia con una visión mucho más holística, integral e interdisciplinaria. En bien conocido que en algunos de sus escritos Potter llamó a la bioética “wisdom of science” considerándola como sabiduría de la

⁵ Styczen, T. SDS. La libertad en la verdad. Dolentium Hominum. Roma: Ciudad del Vaticano, 1986. p. 198.

⁶ Jonas Hans, El principio de responsabilidad. Barcelona: Herder, 1995. p.357.

ciencia, dejando de esta forma claro el concepto que “la dimensión técnico-instrumental debía ir unida a la filosófico-sapiencial”⁷ y que de esta forma, todo científico debería recuperar la dimensión epistemológica como algo intrínseco a su profesión. Potter, creador del neologismo, la entendía como una ética de la vida en un sentido amplio, que comprendiera no sólo los actos del hombre sobre la vida humana, sino también aquellos referidos al medioambiente. Hoy en día asistimos a la recuperación del concepto de bioética entendida como bioética global, más adecuada a todos los problemas que se plantean en un mundo globalizado, “pensemos por ejemplo en las catástrofes naturales debidas a la contaminación ambiental o a la negligencia humana”.⁸ Algunos la han incluido en el marco de un holismo ambientalista o también enmarcada en un nuevo tipo de saber.⁹

Fundamentación de una Bioética de la Responsabilidad ante el error humano/tecnocrático: El imperativo moral de la responsabilidad propuesto por Hans Jonas¹⁰, me impulsa a hacer esta reflexión final que considero de extraordinaria importancia en un análisis sobre la relación entre el error y la bioética, en el marco de la responsabilidad del facultativo que se encuentra inmerso en un desarrollo tecnológico exponencial, tan complejo como el que se nos muestra en el actual mundo post-moderno. Es el de la responsabilidad que yo tengo, como sujeto moral, de poder causar un daño o un beneficio, en aquello que se haya en el campo de mi acción y donde el error podría encontrarse presente. Al ser responsable significa que podré responder por

⁷ Postigo E., Concepto de Bioética y corrientes actuales, [www: bioeticaweb](http://www.bioeticaweb), 8 Nov, 2006, Revisión realizada: 8 de Julio 2008.

⁸ Sotolongo Codina, P. L.; Delgado Díaz, C. J. Cap. II. La complejidad y el nuevo ideal de racionalidad. La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo. 2006.

⁹ Ibidem

¹⁰ Jonas H, El principio de Responsabilidad. – Barcelona : Herder, 1995. p.357.

ello, pero en el contexto que me brinda la libertad, para así respetar lo que de valioso y debido hay en ella. Es la libertad aquella acción de la voluntad que debe siempre buscar: un bien, además debido y por último razonable. En este contexto se desenvuelven todas las acciones valorativas de la Bioética en general y de la ética médica en particular. Lo mencionado adquiere particular importancia, cuando se trata de la atención al paciente grave. Es el criterio de la Responsabilidad el que me obliga en el marco de mi libertad que me brinda mi naturaleza, para actuar positivamente, cuando me encuentro ante la posibilidad de cometer un error con conocimiento de causa, aunque la técnica me lo permita. Pienso que en este sentido son válidas más que nunca las palabras de H. Jonas: *“el elemento tiránico como tal en la técnica actual, que hace de nuestras obras nuestros dueños...representa un desafío ético en sí mismo...más allá de lo buenas o malas que sean esas obras en concreto. En aras de la autonomía humana, de la dignidad que exige, de que nos poseamos a nosotros mismos y no nos dejemos poseer por nuestra máquina, tenemos que poner el golpe tecnológico, bajo control extratecnológico”*¹¹

¹¹ Jonas H. Técnica, medicina y ética. La práctica del principio de responsabilidad. Madrid: Ed. Paidós, 1987. p. 39.